



Reconstrucciones

Por: Luis H. Espinel

Un día fuimos a visitar las comunidades educativas que surgieron en medio de un conflicto recurrente en la historia colombiana de casi todo el siglo pasado. Se trataba de una región azotada por la guerra y un conjunto de escuelas que se convirtieron en lugares de refugio y asentamiento. Aniquilaciones que por sus características se evidencian intencionados, sin cálculo de las terribles consecuencias para la sociedad que las infringía y para las víctimas, pues había una herida por la cual nos preguntamos si algún día tendrá reparación. Cuando hablamos con los niños e intercambiamos con los docentes sus experiencias, nos dimos cuenta de que estábamos ante comunidades de maestros que con las familias amputadas iban trasegando en la continuación de las existencias en territorios ajenos a ellos, refugiados de una escuela baleada, cobijados detrás de los tableros verde oliva, agujereados de perdigones, frágil refugio, escudo necio, inocuo ante la metralla y el machete.

Visitar el origen del desplazamiento, tomar fotografías, apuntar el testimonio doloroso, traer eso a Bogotá, al colegio bogotano de la periferia, constituye un diálogo de saberes excepcional. Así que la obra nace cuando comparto, con un grupo de estudiantes de la Capital, esas fotografías testimonios provenientes de otras zonas y realidades, pidiéndoles completar los desenlaces posibles de tales eventos. Hablarlo con nuestros jóvenes, viendo lo que les pasa a otros jóvenes allende las tierras del Caribe, mezclar estas experiencias e intentar hacer una síntesis de todos los tiempos verbales de la conjugación de la palabra sobrevivir, el presente, el pasado y el futuro; para poder crear una obra a través de la cual sacar a flote este sentir que nos pesa por irresoluto, como queriendo tender un puente entre el aquí y el allá, del ayer y del hoy, de todos nosotros, de ellos en especial, es aventurarnos por los caminos insondables de la creación plástica.



Nuestro refugio es el aula y nuestro escudo el tablero, sin más armas que la memoria y el corazón, pues los recuerdos que vienen del alma nos mantienen vivos, aunque la memoria como la tierra son parientes con enemigos comunes que las despojan. El tablero verde oliva, evocador y profundo, depositario de siglos de enseñanzas, trazadas de manos maestras, atestiguados por los infantiles ojos, sirvió de base para devolver memoria a la atrocidad. Y cuando aplicaba el obturador de la cámara, qué me iba yo a imaginar que de allí saldría una obra plástica. Recuerdo del recuerdo que un día atestigüé por los caminos del desierto y a los que todavía aterra volver, pues los fantasmas de los muertos atormentan queriendo regresar de esa oscuridad a donde fueron enviados a la fuerza.

Del papel saltaron a los sentidos de los muchachos que mustios de ignorancia perdían el habla y estupefactos lamentaron ese dolor que aunque narrado, tan solo, los hizo solidarios en la pena y los obligó a inquirir por el dolor real sufrido por aquellos seres lejanos, de las imágenes de esas personas que como podían echaban sus historias al viento, buscando refugio en cualquier nicho de almas lejanas, pues las próximas habían sido acalladas a la fuerza.

Las noticias del desarraigo, lejanas ya en el tiempo, pero imperturbables en su vigencia, iban arrojando de melancolía a los niños bogotanos, historias con esa indecible sensación de familiaridad y cercanía, no tan extrañas a las nostalgias propias de ese transitar de ellos mismos por los inquilinatos de Patio Bonito, perseguidos también por la pobreza. Las historias hermanan a los pueblos cuando azotados aun no distinguen una salida a su desgracia.



Cuando las historias contadas en las fotografías y los testimonios de otras regiones en situación de desplazamiento, fueron complementadas con la imaginación de los estudiantes del colegio en Bogotá, nos fuimos llenando de preguntas a medida que este ejercicio académico permitía sensibilizarnos, y por nuestro medio a nuestros niños y, a través de ellos, al público, sobre temas que, como el desplazamiento, van perdiendo vigencia e impacto en los medios de comunicación.

El compromiso de los estudiantes se construye a medida que ellos encuentran sentido a los que se les propone. Para cimentar esta obra plástica se requirió de un proceso que nace del entusiasmo y del que provoca conocer las experiencias de vida de sus maestros. No hay acción que más nos acerque a la juventud que conversar con ellos, honestamente, con un lenguaje sencillo y natural, como si el aula de clase fuera la sala de cualquier casa, donde se pueden contar historias de toda índole, como en las visitas en las que se intercambia información, experiencias, vivencias, emociones. Pero también oírlos a ellos, conocer sus cuitas da ventaja a los procesos pedagógicos. Si al conocimiento se le adiciona confianza entre las personas, es muy posible que los aprendizajes se hagan reales y significativos. Y leyeron los testimonios de los desterrados que hablan del pasado, a través de las imágenes descubrieron el presente de ellos de ese momento, que también hoy son pasados, y con su motivación, abrieron camino hacia el futuro. A través de esta experiencia reconocieron en escuelas lejanas la importancia de la propia y el sentido profundo de vida que se contiene en éstas.

Los docentes inmersos en este tipo de experiencia nos vamos preguntando si lo que hacemos es arte o tan solo es una experiencia estética en la búsqueda urgente de discurrir de manera distinta al discurso sobre los asuntos sociales que van atenazando la vida de nuestras comunidades educativas. También nos cuestionamos por el nivel de impacto sobre los distintos públicos ante los que se exponga la obra. Lo sabremos si ésta se expone con insistencia y se confronta en distintos escenarios. Serán nuestros testigos los que determinen cuál es la novedad y si trasciende más allá del mero acontecer académico, del anhelo de un ser, profesor de un colegio distrital de Bogotá, que quiere decir y mostrar lo que sabe y siente del fenómeno del desplazamiento, a través de una obra plástica y no sucumbir en el intento. La creación artística, para un maestro de bachillerato, implica unos retos y unas dificultades inusitadas en el caminos de por sí empedrado de obstáculos.

El reto está en cómo hacerlo de una manera digna, sin desvirtuar el fenómeno del cual queremos mostrar la percepción o dar testimonio a través de un lenguaje sensible, simbólico y sugerente como el de las artes. Hablar, hablar... Mejor es conversar.... Primero que todo... Y sobre todo la palabra preñada de memoria. Hacer bosquejos, muchos, hasta el cansancio. Como la plana reiterada en el cuaderno caligráfico. Entregar los tableros, las fotografías y los pasteles a la confianza en la juventud promisoría, como sucede en el transitar de las generaciones, con la inocente fe para que surja algo orgánico, coherente, inusitado. Como antaño, sobre la madera pintada de verde oliva, plagada de huellas infantiles, con trazos torpes, fuimos dando la lección del desplazamiento, que se fue plasmando en un intento poético por transfigurar la amargura en esperanza.

-¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Que todo esto haya pasado... a mi familia también!... ¡Que no me lo hayan contado!... ¡Y yo creyendo que estábamos pagando algo malo que habíamos hecho allá lejos, allá en la sierra...! -dijo la niña, sin aliento, contemplando la imagen de la abuela que, hundida hasta las rodillas, sacaba agua del charco para consumo, refugio lodoso de la lluvia, donde al tiempo retozaban los niños con los sapos. -No puede ser que mendigue arroz, si su arrozal daba brega a diez obreros, no puede ser que se le haya olvidado el sabor de la carne, la leche y el huevo, si se le recuerda tener generosos como ella: arrozales, gallinas, vaquitas y marranos... y un asno inútil que se volaba a la escuela a ver jugar fútbol a los niños con una pelota de trapo... ¡Esta abuela desde ahora mi abuela! -No dijo más... Enjugó con su brazo la lágrima infantil que se le escapaba. Mujer, en segundos, empuñó los pasteles multicolores arrancados de su caja de cartón y sujetando el tablero con firmeza empezó a dejar ver con trazos bruscos los rasgos surcados de un rostro familiar, lejano, marchitado. Recordado.

